

Perfiles

Mitad allá, mitad acá

Por Carmen Sánchez de Sadek.

VIVI EN mi país natal diecinueve años, siete meses y veintinueve días.

En mi país adoptivo, Estados Unidos, he vivido diecinueve años, siete meses y veintinueve días.

Ahora puedo sumar dos mitadas exactas de mi vida y quizás pueda contestar la pregunta: "¿Qué soy?"

Hay millones de "americanos" que, como yo, pasaron la mitad de su vida en los países donde nacieron, y han pasado la otra mitad —probablemente más de la mitad— aquí en Estados Unidos. Quizás estos "americanos" se hayan preguntado la misma pregunta que yo me he hecho: "¿Qué somos?"

Hay miles de respuestas!. Y estas respuestas abarcan todas las posibilidades, desde —"Soy puritito americano", hasta: "Soy del incomparable país de..." Y ahí se puede poner el nombre del país más inverosímil, nombrado con el acento más exótico.

Mi respuesta es sólo un ejemplo de las tantas miles posibles.

¿Qué soy?

Nací en Cuba, como mi madre y como su madre. Pertenezco a la tercera generación de una familia catalana-aragonesa que llegó a las playas sureñas de Cuba hacia el año 1875. Mi herencia catalana-aragonesa se ha mezclado sucesivamente con las aportaciones asturianas y toledanas de mis abuelos y con la contribución santanderina de mi padre. Mi padre abandonó entre las brías santanderinas el "Clemente" de su primer apellido compuesto, ganado por uno de sus antepasados en una justa de caballeros al perdonar la vida a su contrario vencido, favorito del Rey.

Hablo español y he aprendido el inglés al punto de que soy casi bilingüe. Uso cada lengua, sin embargo, en situaciones específicas: cuando tengo que aclamar, vociferar, decir y cuando tengo que regañar a mis niños lo hago en español. Hablo inglés, en cambio, cuando me ocupo de mis actividades profesionales.

En cuanto a la comida, soy "internacional". Mi desayuno favorito sigue siendo una buena taza de café con leche; y el final de cada comida lo ocupa un postre bien dulce y sabroso, algo así como la "guayaba y queso" de mi tierra, que me deleita como el "pan con timba" a sus clases indígenas.

Me aprendí de memoria el himno nacional cubano cuando tenía unos cinco años, y todavía no lo puedo olvidar. Ni he podido olvidar las canciones de cuna que tantas veces oí cantar a mi madre y a mi nana Victorina, y que tantas veces le he cantado a mis hijos. Y aún recuerdo al pie de la letra las canciones que cantaba cuando era una quinceañera llena de ilusiones. Las melodías y los ritmos de mi Cuba, "terron de azúcar rodeado de sal", se encerraron en mi mente y se encadenaron a mis pies. El



recuerdo de los pasos ondulantes de la rumba y del "rico mambo" no me abandonan.

Como ciudadana cubana tuve la oportunidad de vivir bajo presidentes corruptos, bajo un tirano infernal y bajo un líder revolucionario espúreo con una visión errónea del concepto de "patria". Ninguno de ellos llegó al poder como resultado de unas elecciones libres. Ninguno de ellos contó con el apoyo sincero de sus compatriotas. Como cubana nunca tuve ni voz, ni voto, ni derechos, ni alternativas.

En mi tierra me formé para ocupar los cargos de mujer, madre y esposa, y me preparé para asumir las responsabilidades profesionales de una carrera. Asistí a la escuela secundaria pública.

Recibí instrucción en economía doméstica y educación sexual en el instituto privado para señoritas que mi madre dirigía. En mi casa me encargué de la administración del presupuesto, de limpiar los pisos y lavar los platos. Cuando salí de mi país nativo llevaba en mis entrañas lo que se necesita para ejercer los mismos cargos que todas las mujeres de mi familia estaban preparadas para ejercer: los de madre, esposa y mujer profesional.

Conozco y puedo nombrar a cada uno de los cincuenta y dos parientes que forman mi familia inmediata. ¡Y puedo nombrarlos incluyendo por lo menos sus cuatro apellidos!. En Cuba todos vivíamos cerca unos de los otros. Todos nos ayudábamos. ¡Y hasta nos aguantábamos! Los mayores compartían con los menores las historias de sus antepasados, y les contaban sus propias hazañas, sus triunfos y sus fracasos. Así nosotros, los jóvenes, aprendimos a hon-

rar nuestros mayores, a respetarlos, y a sentir orgullo por nuestro nombre de familia y admiración por nuestros parientes. Cuando llegué a este país sabía muy poquito inglés. Inmediatamente comencé a estudiar en la Universidad. Tuve muy poco tiempo para ajustarme al nuevo idioma, a otras costumbres y a otro clima. Pero estaba bien preparada para todos los cambios que debía afrontar. A poco de estar aquí, y mientras continuaba con mis estudios, me casé. Tres años más tarde —y dos hijos después— me gradué y empecé a trabajar.

Legalmente, soy una ciudadana americana naturalizada.

He votado en varias elecciones presidenciales y participado en muchas elecciones y referendums estatales y locales.

Sólo me sé las dos últimas líneas del himno nacional americano, "Star Spangled Banner". No sé recitar poesía en inglés. Y el otro día sentí vergüenza de no poder cantar ni una sola canción de las muchas que tienen en la exhibición "America Sings" en Disneylandia.

¡Tampoco sé bailar "disco"!

En Estados Unidos nuestra familia se ha dispersado: Mis hermanos, mis primos, mis tíos y tías, y mi padre residen en los remotos confines entre sí de Massachusetts, La Florida, Nueva York y California. La cuarta generación de la familia— y primera generación americana— no se conoce, ni conoce a sus mayores. Los contactos entre los jóvenes y los viejos ocurren de vez en cuando, o sea, a plazos de años. Mis hijos no saben ni sus cuatro apellidos, ni los nombres de los demás parientes, ni recuerdan bien las caras de sus tíos o primos.

Como "puritita americana", sin embargo, he aprendido a participar en toda clase de organizaciones. También he aprendido a funcionar como miembro de comités.

No puedo vivir sin automóvil. ("Puritita americana", ¿recuerdan?).

Vivo rodeada de aparatos de todos los tipos: uno cocina lentamente, otro cocina a velocidad atómica; uno sirve para mezclar, el otro para cortar; una máquina calienta, la otra enfría; otra sirve para grabar lo que digo; otra graba lo que dicen los demás, y otra más duplica lo que todos hemos hablado, ¡para ser borrado por otra en decisión final! ¡Punto!

Casi nunca llevo dinero encima; todo lo pago con tarjetas de crédito.

Me sé de memoria por lo menos cinco números, cada uno de seis cifras, que me identifican, además del que sirve de identificación a mi automóvil, miembro "a látere" de la familia y no menos gastador que el resto.

Y siempre tengo que andar haciendo algo pues si no, me siento culpable, y me parece que estoy derrochando mi vida si me paro quince minutos a contemplar la televisión.

¿Qué soy? Si sumo mi herencia cubana y mi experiencia americana, obtengo dos resultados exactamente iguales. ¿Que qué soy? Por el lugar en que nací, por el idioma que mamé, por las canciones y tradiciones que guarda mi memoria, y por mi formación como mujer, —"Soy cubana". Desde un punto de vista legal, por mi participación en la vida política, social y material de este país, y por mis hijos — "I Am an American".

Sí soy cubana; y, "yes, I am an American". Los colores azul, rojo y blanco de las banderas cubana y americana siempre evocarán en mí sentimientos iguales de país y patria.

¡ Y a mucha honra!

